

¿Por qué no me enseñaron?

ROBERT BENNET¹

Tener éxito en el mundo blanco siempre ha sido fácil para mí. Mis logros nunca me sorprendieron ya que eran agradables y los obtuve relativamente sin esfuerzo. Mi abuela, sin embargo, generalmente estaba más que sorprendida –podría decir hasta estupefacta, “Y eres Indio!” decía a menudo para expresar la alegría, felicidad y asombro que sentía. Me fue bien en una escuela de blancos, jugué en los equipos universitarios de fútbol, béisbol y basketball, anduve con amigos wasicu (blancos), salí con mujeres wasicu, asistí a escuela de la Ivy League, y ahora soy un jugador profesional de béisbol. Hice todo lo que ella siempre soñó que yo hiciera, pero porque yo era un Indio, ella no esperaba que lograra mucha aceptación y éxito en el mundo exterior de los wasicu.

Me acuerdo que estando muy joven iba a la casa de los abuelos, que quedaba a sólo dos cuadras de nuestro apartamento en Rapid City, Dakota del Sur, y escuchaba a la abuela y a su madre hablando Lakota. Durante mi infancia ella no me enseñó una sola palabra de Lakota; siempre me habló en inglés. Yo sólo sabía que estaban hablando “Indio” y yo sólo hablaba inglés.

Cuando vine a Dartmouth ya crecido, me dí cuenta de que mi vida no estaba bien balanceada porque nunca había aprendido el idioma y la cultura Lakota de mi abuela. Antes de venir a New Hampshire, un antiguo profesor de colegio de Boston me dijo que mucha gente de New England cree que “todos los Indios están muertos”. Inquietantemente, yo también lo pensaba. En Dartmouth, me conmocionó darme cuenta de dos verdades importantes: soy un Indio y de verdad estoy vivo.

Cuando vine por primera vez a New Hampshire, estaba perdido porque no podía responder a las preguntas que la gente tenía sobre la manera de vivir de los Nativos Estadounidenses. Carajo, ¡yo ni siquiera podía responder mis propias preguntas! Tomé un curso de estudios Nativos Estadounidenses en mi segundo año y aprendí más sobre los Indios de lo que había aprendido en mis veinte años de vivir como Indio. Pero había algo irónico y desconcertante respecto a la fuente de mi nuevo saber: yo estaba aprendiendo de mi cultura y ancestros de un profesor blanco en una institución blanca. Ese hecho me desconcertó y me llevó a examinar por qué terminé siendo tan ignorante. Ese curso también me recordó una conversación que tuve con mi abuela.

Cuando estaba en su casa, durante las vacaciones de Navidad, le pregunté algo que la cogió de sorpresa. “Abuela, por qué nunca nos enseñaste a mi hermano y a mí a hablar Lakota?”

1 Tomado de *First person, first peoples. Native american college graduates tell their life stories*. Cornell University Press, Ithaca y Londres, 1997. Traducción de Laura Sampson, Vancouver, Nov. 2005.

Ella pareció sorprendida y se quedó sentada en silencio un momento. Luego dijo en una voz triste y pesada, "Ojalá lo hubiera hecho. Mamá y yo siempre hablábamos de enseñarles a ustedes los nietos. Yo de verdad quería, pero tenía miedo de que los wasicu se burlaran de ustedes". Wasicu era una de las pocas palabras Lakota que yo entendía. Para mí simplemente significaba "gente blanca", pero también se puede traducir como "los glotones que cogen la grasa."

Su manera de pensar es fácil de entender cuando se piensa en su niñez. Mi abuela nació el 1 de Abril, 1916, en Norris, Dakota del Sur, en la Reserva Rosebud, como Clara Virginia Osa Veloz, la mayor de siete hermanos. Su sangre viene de la banda Lakota Sicangu Oyate (Gente de Muslos Quemados). Cuando tenía diez años, decidieron que ella debería ir a la escuela. Ella había aprendido un poquito de inglés con su madre, quien había ido a la escuela por algunos años, pero no había tenido una educación formal. También había aprendido el idioma Lacota, y la forma tradicional tribal de hacer las cosas, así como la espiritualidad católica de la Vieja Abuela. Las lecciones que aprendió en la misión católica de la escuela la dejaron a ella, y eventualmente a los que amaba, con cicatrices para siempre.

Aún cuando estaba vieja, muchos de sus recuerdos de la Escuela Misión St. Francis eran muy intensos. Decía: "Estaba dirigida por blancos. Ellos nos trataban muy mal y a mí no me gustaba. Nos castigaban si hablábamos Indio y si hacíamos cosas Indias. Las monjas eran muy malas y a veces nos encerraban a todos en un cuarto, si alguien no se portaba bien. Siempre había algunos niños que querían volver a casa y trataban de escaparse. Siempre se trataba de sólo algunos niños, pero las monjas se vengaban sobre todos nosotros. Mi hermano trató de escaparse algunas veces pero siempre lo atrapaban y lo traían de vuelta. Una vez le raparon la cabeza. Lo hicieron para que los demás no tratáramos de irnos."

Traté de que ella me contara más, pero no quiso continuar. "No, dijo, todos están muertos y no quiero hablar más de eso". Nunca le pregunté más sobre eso. Yo tenía rabia, pero no con ella. Entendí que la Abuela quería que nosotros aprendiéramos la manera wasicu de comportarse para no tener que pasar por la misma experiencia. Estaba bravo porque la "civilización" me había negado la libertad de ser lo que era, un Lakota. Me miro en el espejo y ahí está, mi cualidad de Indio. Y sin embargo hice todo de una manera tan "blanca" que mis amigos blancos y otros me señalaban como el "buen Indio", y decían "No eres como ellos". Esta aceptación es exactamente lo que mi abuela quería para mí. Según ella, ser un Indio en un mundo de blancos hace que "la gente se burle de ti". Y ella estaba en lo cierto, porque yo ya me había burlado de ella y de otros Indios. Yo estaba muy metido en la manera wasicu de hacer las cosas.

Me acuerdo que me burlé de un niño Lakota que había expresado su identidad de Indio. Yo tenía unos diez años cuando mi hermano, mis primos y yo nos encontramos con este niño. Cuando le pregunté su nombre, él bajó la cabeza y sumisamente puso sus manos en los bolsillos. De pronto levantó la cabeza y dijo orgullosamente "Mi nombre es Hunkpapa". Todos nos reímos y yo dije "Qué?". "Mi nombre es Hunkpapa. Es el nombre de mi gente y mis padres me lo dieron para que nunca me olvide", respondió. En esa época, yo ignoraba cuántas bandas de Lakota había; para mí todos éramos simplemente Sioux. Los Hunkpapa, "los Campistas del Final", son una banda del norte que hacen parte de las siete bandas de los Teton Lakota.

"Miren, este chico todavía está tratando de ser Indio. Uy chico, esos días se acabaron", dije mientras me alejaba de este orgulloso Hunkpapa.

A todos los Hunkpapas del mundo, les digo que lo siento. El miedo de mi abuela se volvió realidad antes de que yo supiera que existía. Yo era parte de esa actitud de mentalidad estrecha y retorcida que he llegado a despreciar. Ahora soy un Lakota de ventidós años que no está satisfecho con ese sentido de identidad blanca.



Mi madre también es un producto de la experiencia dolorosa de mi abuela en la escuela de la misión. Le da vergüenza el hecho de ser India y la percepción que el mundo tiene de ella. Esta vergüenza afecta sus pensamientos y su comportamiento en muchos aspectos de su vida. Una vez, el otoño pasado, en un restaurante de Rapid City, ambos pedimos la ensalada de la barra. El restaurante nos dió platos de plástico para que nos sirviéramos la ensalada directamente. Cuando mi madre acabó su porción quería volver a servirse, pero le daba vergüenza su plato sucio.

“Mamá, simplemente ve y pide otro plato”, dije.

“Uno puede hacer eso? No, voy a limpiar este”, dijo ella.

“Qué te preocupa tanto, mamá? Crees que porque eres India no te van a dar otro? Qué otra cosa te pueden decir fuera de no?” pregunté sarcásticamente.

Su cara tenía un aire aprensivo mientras pensaba si ir no a pedir un plato nuevo limpio. Ella miró alrededor y vió a otra cliente, era una mujer blanca, con dos platos, un sucio como el de ella, y otro limpio y lleno de comida. Ella dijo en broma, “Mira! Ella lo hizo, pero es blanca”. Estaba tratando de hablar en broma, pero había parte de verdad en lo que dijo.

“Simplemente levántate y hazlo, mamá. Estos trabajadores están aquí para ayudarte y si quieres un plato limpio, te lo darán”, dije en un tono paterno. Perdí la paciencia y dije “Aún si eres India!”. Ella se rió con miedo y después se fue al mostrador, mirándome nerviosamente varias veces.

Se veía como una pequeña niña tímida. Tenía una pose sumisa, con su espalda levemente encorvada y su cuello inclinado hacia adelante, mientras le daba su plato sucio al empleado del restaurante. El empleado le dio a mi madre un plato nuevo.

“Ves, mamá, no fue tan difícil”, dije mientras ella volvía. “Todo lo que tenías que hacer era pedir. Te sientes mejor ahora que ese wasicu te dio un plato limpio?”

“Bueno, yo no sabía qué esperar. Ahora cállate y déjame comer!”, respondió bruscamente. Este tipo de incidente no era fuera de lo común, y la manera como mi madre percibía cada uno de ellos sólo servía para perpetuar su timidez.

A pesar de los efectos desanimadores de su percepción de sí misma, mi madre todavía tiene en ella la fuerza de mis abuelos. Trabajó duro para ser una buena proveedora y para disciplinar a dos chicos locos. Mi hermano y yo nos criamos, así como muchos otros niños Indios, sin padre. Ya que mi madre era una mujer India sola con dos niños, tuvo dificultades para conseguir recursos suficientes, pero con mucha ayuda de nuestros abuelos y otros allegados, lo logró. Nuestra lucha no fue excepcional. Así como muchos Indios pobres, sobrevivimos gracias al dinero federal, bajo la forma de vales para comida y cheques de la asistencia social. Nuestros abuelos también dirigieron hacia nosotros muchos de sus limitados recursos. La abuela se aseguró siempre de que estuviéramos bien alimentados, cocinando caserolas, chili, pastel de carne, espagueti o sopa. El abuelo y la abuela siempre estuvieron allí para nosotros en los cumpleaños y en navidad. Creo que todas las bicicletas que tuve vinieron de la abuela y el abuelo. No puedo imaginar cómo hubieran sido nuestras vidas sin ellos.

Cuando yo era joven compartía la timidez de mi madre. El primer insulto racial que puedo recordar ocurrió poco tiempo después de que le hubieran quitado las rueditas de seguridad a mi bicicleta. Un trabajador que bajaba las escaleras de nuestro edificio no me vio llegar en mi bicicleta. Tuve que dar un viraje brusco para evitarlo. Paré para ver si estaba bien y disculparme, pero antes de que pudiera decir nada, él soltó: “Indio estúpido!”. Ese insulto me asustó. Debí oír muchos comentarios similares más adelante, porque mi madre ha contado que varias veces vine a verla diciéndole que hubiera querido ser blanco. Ella me respondía amorosamente, “Diles que



estás orgulloso de ser un Indio”.

¿Que les dijera que estaba orgulloso? ¿Orgulloso de qué? No sabía que hubiera nada de qué estar orgulloso, como mi madre. Yo vivía de la asistencia del gobierno y me daban almuerzos gratis. Yo era un “salvaje” que había matado a los colonos blancos estadounidenses. Yo era el coco, un comedor de entrañas, un comedor de perros. Era un exiliado en mi propio país. No estaba enterado de que mis parientes akicita (guerreros) pelearon y murieron para vivir a su manera y por su tierra. No sabía cómo había vivido mi gente, y no estaba orgulloso de mi Sicangu Lakota. No conocía el poder y fuerza de las viejas historias. No sabía cómo los insultantes wasicu se habían robado mi tierra y matado a mis ancestros. La ignorancia era la fuente de su mal dirigida intolerancia, así como la mía, y el origen del sentido de inferioridad de mi madre.

Así fue como durante mi crianza me hice aceptar por casi todos los blancos al ser como ellos, un wasicu. No fue un esfuerzo totalmente deliberado de parte mía para adaptarme. Esta gente era amiga mía y teníamos mucho en común, y compartíamos un sentido del humor similar. Yo hacía lo que me hacía feliz y en realidad no tenía idea de lo que era mi identidad India.

Durante la secundaria, generalmente yo era el único Indio en cualquier grupo al que perteneciera: fútbol, basketball, béisbol, y en todos mis grupos sociales. Me sentía doblemente cauteloso cuando mis amigos blancos estaban “haciendo monerías”. Ya que yo era el único Indio, me señalaban a menudo como el alborotador. En deporte, yo tenía que ser mejor que los no-Nativos, y en las situaciones sociales, yo tenía que ser más humilde que los otros para evitar problemas. Como resultado de esta presión intencional y no-intencional, yo era tan tímido como mi madre.

Debido a que muchos estudiantes Indios de secundaria se sienten poco bienvenidos entre los estudiantes y profesores no-nativos, se unen para buscar soporte. Me siento afortunado por haberme sentido bien con la mayoría en la Secundaria Central, pero los problemas llegan de ambos lados de las cambiantes líneas raciales.

La palabra “manzana” es un peyorativo usado para describir a una persona nativa estadounidense que ha vendido al resto de los Indios y se ha vuelto “roja por fuera pero blanca por dentro”. Los estudiantes Indios que tratan de sacar buenas notas en el colegio son llamados manzanas, a menudo, por los que piensan que ser exitoso en el mundo blanco quiere decir que uno ya no es Indio. Según esta definición, yo encajo en la categoría manzana.

Aunque mi comportamiento, mi vida social, y mi éxito escolar eran razones suficientes para que los otros Indios me confrontaran, esto nunca sucedió. Sin embargo mi abuela me advirtió que tuviera cuidado con los “Indios malos” de la reserva. “Son gente mala que te clavarán un puñal en la espalda. Tienen tanta envidia que tratarán de echarte abajo porque te está yendo tan bien en este mundo”, dijo, muy seriamente. Ella amaba a la gente India, pero también se acordaba de las enseñanzas de la escuela de la misión.

La secundaria nunca me causó mayores problemas. Todo – las clases, los amigos, profesores, deportes, y tratar con los otros Indios – era fácil. Yo era como cualquier otro chico que quería tomar trago y cruzar las líneas de la autoridad. A menudo iba a fiestas – Indias, no Indias, o mezclas de las dos, y tomé trago e hice otros actos juveniles estúpidos. Frecuentemente tomé hasta enfermarme, pero ese tipo de comportamiento es normal entre los chicos de secundaria. Tomé parte en la destrucción de un buzón con un bate, en volcar una máquina de hielo en un hotel, y en otros pequeños crímenes.

Todos estos pequeños actos juveniles iban gradualmente a desembocar en algo cuando mi entrenador de béisbol, Dave Ploof, me confrontó. “Bobby, tienes muchas cosas a tu favor. Me dolería mucho ver cómo tus amigos y otros asociados te arruinan”. Este fue el mejor consejo que



me hubieran podido dar.

Yo era una inversión para el entrenador Ploof. Durante los tres próximos años, hice de pitcher en su equipo de la Legión Americana. Le debo mucho de mi éxito porque me enseñó la disciplina que necesitaba para volverme un jugador maduro, y a jugar siempre duro. Él convenció de mis habilidades en el béisbol y mi madurez a los los del grupo de béisbol del college.

También jugué basketball. Mi último año de secundaria fui parte del equipo, y este sigue siendo uno de los mejores tiempos de mi vida. Terminamos con muy buen record y logré entrar al torneo del estado. Yo era el único Nativo Estadounidense en el equipo y era muy ruidoso en la cancha; tal vez era el más grande "cheerleader" del equipo. Pero también era amable con nuestros adversarios, lo cual sorprendía a muchos de ellos así como a nuestros fans; se suponía que yo era un jugador malo, vicioso y sucio por culpa de mi sangre India. La gente sentada en las gradas daba "gritos de guerra" y me insultaban a gritos durante los partidos, pero yo igual jugaba con todas las ganas y lo disfrutaba.

Durante toda mi carrera deportiva en la secundaria, mis adversarios daban el grito de guerra cuando yo estaba sobre la cancha. Yo era un Indio que les ganaba a su propio juego, y algunos tenían dificultades en aceptar eso. Creo que su hostilidad era una respuesta a sus sentimientos de culpa por haber ganado beneficios del hecho de que sus ancestros tomaron todo lo que nosotros teníamos. Sin embargo su miedo y odio a los Indios predominaba porque sabían que la gente India volvería continuamente a reclamar lo que les había sido arrebatado. Los amenazábamos cuando nos educábamos, decíamos nuestras opiniones, vivíamos cerca de ellos, o éramos excelentes en deportes.

Un evento me mostró la ironía de mi posición de Indio en el equipo. Después del partido, una mujer blanca me tocó en el hombro. Cuando me volteé hacia ella, ella extendió su mano y dijo "Sólo quería decirle cuánto disfruté viéndolo jugar durante el torneo. Buena suerte". Apenas tuve tiempo de darle las gracias antes de que sonriera y se alejara. Qué quería decir? Podría haber querido decir: "Fue bueno ver a un Indio jugar de la manera en que lo hiciste?" O más bien: "Eres un símbolo que otros Indios pueden copiar?" Creo que ella estaba sorprendida de verme allí afuera.

En el campo deportivo y fuera de él yo era el "buen Indio" para casi todo el mundo en el colegio. Me eligieron Rey en mi último año, y eso me muestra lo bien que encajé en esa imagen en mi secundaria. Los Indios normalmente asustaban a la gente de Rapid City, a los adultos y a los adolescentes. La madre de uno de mis mejores amigos en la secundaria, por ejemplo, tenía dificultad conmigo. La familia de Kirk era rica, y nos gustaba ir a su casa grande e inmaculada, a brincar en su trampolín y jugar billar. Un día, mientras jugábamos billar, la mamá de Kirk le pidió que fuera con ella a hacer una vuelta. Le dijo que se demorarían sólo media hora.

"Por qué no esperas aquí hasta que vuelva?" me preguntó Kirk. El salió del cuarto, pero volvió rápidamente con una expresión preocupada en su cara. Su madre estaba parada detrás de él. "Ella no quiere que te quedes aquí cuando no estamos" dijo a regañadientes. Siempre me acordaré de su madre parada en la puerta con una mirada intimidante que me hizo sentir que no me quería ahí. No podía esperar a que me fuera, así que me fui. Esa fue la primera vez que la había visto, pero ella sólo vió a una persona India, no al amigo de su hijo. Ese recuerdo todavía me duele.

No sólo asustaba a los padres, sino también a mis iguales. No puedo contar el número de veces que los estudiantes se quitaron rápidamente de mi camino cuando yo caminaba por los corredores o entraba en el baño del colegio. Yo era un Indio y se suponía que todos éramos malos con los wasicu. Cuando iba a los almacenes, siempre sentía los ojos de los empleados so-



bre mí. Odiaba entrar a almacenes a menos que tuviera de verdad que comprar algo. Si estaba solamente mirando, hacía un despliegue al devolver a su estante el producto que estaba mirando para evitar cualquier problema con los empleados. Aún ahora, soy extremadamente cauteloso cuando voy a un almacén de Rapid City.

Para mi graduación de secundaria, los profesores me escogieron para dar un discurso. Debió ser un buen discurso porque hizo llorar a varios estudiantes y la audiencia parecía escuchar con atención. Me pregunté si su interés era en mis palabras, o si ¿sólo estaban sorprendidos de ver un Indio allí arriba? Cualquiera que fuera su opinión yo estaba hablando por la clase que se graduaba, y era un honor y un privilegio que había ganado.

El día antes de la ceremonia de graduación otro honor me fue dado –una pluma de la cola de un águila de puntos– por Sidney y Shirley Keith, una pareja tradicional Lakota que vive en Rapid City. Sidney es un líder espiritual Lakota. Él y su esposa hicieron una ceremonia con una pluma de águila para todos los graduados de la secundaria Lakota. Cantaron hacia las cuatro direcciones y hacia el cielo, la tierra y finalmente hacia nosotros. Quisiera poder describir cómo cantaron porque era muy impactante. Las voces de Sidney y Shirley que llamaban a los espíritus a través del viento era algo que yo no había oído en años. Todos miramos y escuchamos en silencio.

En las viejas manos de Sidney había muchas plumas de cola de águila, de más o menos 30cm de largo con penachos café oscuros que tenían un área blanca lechosa en la parte de abajo, cerca de la canilla. En la base de cada canilla había un lazo de cuero amarrado con una espina de puercoespín retorcida. Yo sabía que estas plumas eran sagradas. El paró de cantar un momento y prendió un poco de hierba. “Manchó” las plumas al rodearlas con la hierba ardiente para volverlas sagradas y darles poder antes de darnoslas a nosotros. Empezó otra vez el mismo canto poderoso y rítmico. Aunque yo no tenía idea de lo que las palabras querían decir, estuve ahí parado con mi madre y escuché por respeto. O era miedo?

Soy Lakota. ¿Por qué hubiera tenido que escuchar con miedo una ceremonia Lakota de plumas de águila? Porque no tenía idea de lo que estaba sucediendo. Reconocí la hierba porque había visto a mi abuela usarla muchas veces cuando yo era niño. Ver y oler la hierba quemándose en las manos de Sidney me trajo recuerdos de mi infancia.

“Por qué haces eso, abuela?”, recuerdo preguntar cuando la ví prendiendo una gruesa trenza de hierba durante una tormenta poderosa.

“No quiero que la casa se queme por culpa de un relámpago. Esta hierba ayudará a proteger la casa y a nosotros”, dijo mientras caminaba de cuarto en cuarto agitando la trenza de hierba humeante de un lado a otro. Murmuraba una oración en Lakota al mismo tiempo.

Ella oraba a menudo en ambos lados de su vida, el lado Lakota y el lado wasicu. Me acuerdo también de ir a la reserva Rosebud con mis abuelos cuando niño a ver los pow wows y a oír las canciones Indias tradicionales. El martilleo de los tambores y los cantos llenaban el espacio y mis pensamientos. Miré a los “Indios de verdad” con vestimentas de danza y con sus grandes tocas y faldas adornadas con plumas multicolores, sus campanitas que sonaban rítmicamente con cada movimiento, sus pantalones de piel de ante con borlas, sus porras de guerra, sus abanicos de plumas de águila, y bastones de garras de águila en sus manos, y sus caras pintadas de arcilla roja, negra y amarilla para que se vieran terroríficos. Nadie me dijo qué significaba aquello o cómo aprender a hacerlo. Cuando yo tenía unos cinco años, no saber el significado de una canción no me asustaba, pero a medida que fui creciendo la cosa cambió. A los dieciocho años, mi propia ignorancia me asustaba. Ahora odio no saber y todavía estoy asustado.

Cuando la canción de Sidney y Shirley se acabó, se voltearon hacia nosotros y él contó la historia de la pluma de águila.



En los viejos tiempos le daban estas plumas a la gente que hacía una buena acción. Esa acción podía haber sido cualquier cosa –salvar una vida, ser buen cazador, hacer cosas valientes cuando llegaba la hora de pelear, o volverse un adulto. Los tiempos han cambiado, pero el honor de llevar a cabo una tarea no. Ustedes chicos han hecho algo estupendo al graduarse de la secundaria, y eso es lo que esta pluma honra. Úsenla en el nuevo mundo al cual están entrando para que les dé fuerza y los guíe.

Nos dieron una pluma a cada uno y nos estrecharon la mano. Tenía entonces algo que me hacía más visiblemente Indio de lo que lo había sido hasta entonces. La pluma me conectaba con una parte de mí mismo que yo no conocía, y yo no estaba a gusto con ella por culpa de mi falta de comprensión. Ese día también me abrió los ojos y curiosidad hacia el mundo espiritual, o en términos estado-unidenses, hacia la religión de los Lakota. Después de mi sangre Lakota, esa pluma es la cosa India de mayor significancia que poseo. Cambió mi perspectiva y actitud hacia todo lo que me rodeaba. Mi hermano me dijo recientemente, “Cuando te dieron esa pluma, ahí fue cuando te volviste Indio. Nunca andabas con Indios antes de que te dieran esa pluma”. Esa verdad franca me dió duro. Pero la verdadera significancia de la pluma se me reveló lentamente, mientras, indiferente a mi identidad Nativa Estadounidense, buscaba a mi verdadero yo lejos de mi gente.

Encontrar amigos en el college fue relativamente fácil porque mi talento para tirar una pelota de béisbol hizo la transición del Dakota del Sur a Dartmouth mucho más fácil. Según el entrenador del equipo de béisbol del college y el periódico del college, entre los nuevos yo era el número uno en béisbol ese año. Esa reputación hizo que conociera gente fácilmente. El equipo de béisbol contenía miembros de varias fraternidades que conocían muy bien a Dartmouth College. “Sí, este tipo está bien. Es un buen jugador de béisbol”, oí frecuentemente. El rumor se expandió rápidamente entre los alumnos de primer año, y pronto tuve amigos. Sin mis talentos de béisbol, probablemente no hubiera conocido a toda la gente que conocí. La mayoría de la gente que conocí era wasicu, y mi identidad de Nativo estadounidense nunca fue más que una cuestión de pasada para la mayoría de ellos. El hecho de que venía de Dakota del Sur era más una revelación para ellos que mi herencia India. La mayoría de ellos no había conocido a nativos estadounidenses, y tenían algunas ideas equivocadas respecto a mí. Asumían que yo podía correr en silencio en el bosque, y que podía tirar bien una flecha. No sabían lo suficiente para ser intencionadamente racistas, sólo eran ignorantes. Pero esas suposiciones inofensivas y esas bromas tenían otro lado que era insultante, racista, y lleno de estupidez.

Bajo la sombra de tales suposiciones, he tenido que despojarme de mi propia ignorancia cultural y personal. Si hubiera sabido más de mi herencia y cultura, hubiera podido defenderme mejor y educar a los que tenían una perspectiva distorsionada de los Indios. Mucha gente conservadora en Dartmouth ha sentido que mi presencia, o la presencia de cualquier otro Nativo estadounidense en el campus, es simplemente un gran favor que nos están haciendo – que no pertenecemos aquí realmente. En cambio deberíamos quedarnos en nuestras reservas, fuera del camino del progreso y la iluminación intelectual. Para muchos estudiantes, y para el college en general, somos sólo tan reales como el viejo símbolo Indio de Dartmouth que mucha gente dice que es un tributo a todos los Nativos estadounidenses. La gente ve un símbolo o un traje, pero a menudo no logran ver al ser humano bajo las trenzas, la piel de ante, y la pintura. No nos conocen a nosotros ni cómo percibimos el mundo; la gente asume que estamos fuera de nuestro elemento y necesitamos orientación especial. No creo que ninguna persona blanca pueda nunca entender de verdad los pensamientos y sentimientos de un Nativo estadounidense; sólo podemos pedir que los wasicu respeten la perspectiva Nativa. Esto era evidente al principio de mi primer semes-



tre en Dartmouth.

Cuando el entrenador me reclutó para el béisbol me informó sobre Dartmouth y sus comienzos de leyenda como una institución para educar a los Nativos estadounidenses. Cuando llegué a Dartmouth, el entrenador Walsh y yo nos volvimos amigos inmediatamente, y a menudo hablábamos sin recatos en su oficina. Aunque él escuchaba atentamente cuando yo hablaba de la vida en Dakota del Sur y de mis antecedentes Lakota, él ya tenía algunas ideas preconcebidas sobre mí y los Nativos estadounidenses en general. A mis espaldas, el entrenador Walsh le pidió a otro miembro del equipo que cuidara de mí. "No dejes que Bennett pase su tiempo en las fraternidades, porque su gente tiene problemas con el alcoholismo. Quiero que cuides de él", dijo. Yo me enfadé mucho cuando mis compañeros de equipo me contaron esta conversación después de que el entrenador Walsh se fuera del college. Yo reconozco que hay problemas de alcoholismo que muchos –pero no todos– los Indios enfrentan, pero no me gustó ser un estereotipo.

El sucesor del entrenador Walsh, Bob Whalen, también asumió que yo necesitaba ayuda para superar los grilletes de mi identidad India. Yo había llenado una petición para no tener que estudiar durante el verano del segundo año, y así poder jugar en la Liga de Béisbol de Cape Cod. Escribí en mi petición que siempre había querido jugar béisbol profesional y que ser parte de la liga mejoraría mis chances de ser reclutado por un equipo de ligas mayores. También dije que pensaba compensar por los cursos no tomados en el otoño. Le pedí al entrenador Whalen que escribiera una recomendación para mí.

La recomendación del entrenador Whalen mostró claramente que me veía como a Bob, el pobre desventajado Indio que necesita ayuda para unirse a los rangos de la mayoría Estadounidense. Las primeras frases de su carta decían "Escribo en nombre de Bob Bennett. Debido a sus antecedentes socioeconómicos siento que es necesario que él no tenga que pagar alquiler por su residencia este verano y que juegue béisbol". Las implicaciones de esta declaración, escrita con buenas intenciones, me enfurecieron.

Estaba tan enojado que estaba llorando y no podía articular mis ideas cuando confronté al entrenador Whalen en su oficina. Le dije cómo su carta me hacía ver ante el secretario, y le expliqué que yo quería que reforzara mis propios argumentos, y que no quería más limosnas del hombre blanco. Obviamente respondió que no quería faltarme al respeto y que sólo estaba tratando de ayudar. Creí en su sinceridad, pero él es típico de mucha gente blanca que no espera que una persona Nativa tenga éxito por su propio mérito. Me he cansado de tener que justificar mi presencia e identidad a la gente.

Me concedieron mi pedido, y afortunadamente, el entrenador Whalen y yo nos volvimos amigos después de ese incidente.

Otros incidentes en Dartmouth me obligaron a confrontar mi identidad India. Mi compañero de cuarto de primer año estaba interesado en mis antecedentes Nativos porque estaba tomando un curso de estudios del medio ambiente en el cual leyó el diario de Lewis y Clark. Lewis y Clark pasaron por el territorio de mis ancestros, y mi compañero de cuarto me pidió que verificara una observación del diario.

"Hey, Bob, has comido perro?" preguntó. "Estos tipos dicen que los Sioux les dieron carne de perro".

Respondí con seguridad, "No lo hicieron. Yo no he comido perro y ellos tampoco lo hacían. Eran cazadores de búfalo, y no comían perros. Los usaban para tirar de sus carretas y para llevar bultos. No eran comida."

Mi compañero de cuarto insistió en que sí lo hacíamos y hasta me mostró el pasaje del diario. ¿Cómo podía refutar lo que estaba escrito en blanco y negro? Yo estaba confundido y tam-



bién avergonzado porque él ahora dudaba de mi Indianidad. Yo también dudaba de mi propia Indianidad. Esa lección temprana en Dartmouth sobre mi propia ignorancia cultural me llevó a saber más sobre mis ancestros.

Conocí a otros buenos amigos a través del programa Nativo Estadounidense, aunque mi participación inicial en el programa y en el grupo estudiante Nativos Estadounidenses en Dartmouth (NED) era limitada. Las actividades del NED no me interesaban mucho. Yo sólo quería conocer a otros Nativos Estadounidenses que estaban en este extraño lugar. Nunca pensé demasiado en los aspectos políticos asociados con el NED porque tenía mi propia agenda. Yo era un jugador de béisbol, y eso ocupaba la mayoría de mi tiempo y esfuerzo cada semestre. Luego me uní a una fraternidad. Esa combinación decidió quiénes eran mis amigos, y a pesar de mi interacción limitada con el NED, llegué a conocer bien a muchos de sus miembros.

Los estudios académicos tomaron mucho de mi tiempo durante mis primeros tres años en Dartmouth. Una clase verdaderamente abrió nuevas puertas para mí. La clase, Estudios Nativos Estado-unidenses 22 "La invasión de América", me hizo consciente de algo que me había faltado toda la vida –una perspectiva Nativa Estadounidense sobre mi propia herencia Lakota. Ninguna de mis otras clases había tocado mi yo interior de verdad.

El Profesor, Cohn Chaloway, había estudiado los Abenaki en Vermont, y había aprendido mucho sobre la gente Crow y la reserva donde vivían mientras enseñaba en la Universidad de Wyoming. Escuché atentamente mientras hablaba de su experiencia con la gente Sioux. "He pasado mucho tiempo entre ellos y puedo reconocer el sonido de su lenguaje, pero no puedo hablarlo para nada" dijo. "Sólo aprendí esto". Dijo una frase Lakota que quiere decir mierda de toro (mentiras) en inglés. Yo me reí cuando acabó porque reconocí una palabra de la frase, Celso, que quiere decir "mierda". Mi risa fue oída por la clase entera y todos los ojos me miraron súbitamente. El Profesor Calloway dijo "Veo que tenemos a un Lakota entre nosotros. Lo dije bien?". Dije que sí, y él continuó con su material.

Me convertí en el "Indio de verdad" de la clase porque reconocí una palabra del idioma Lakota. Pero la extensión de mis talentos Indios era bastante limitada. Me asustó mi propia ignorancia otra vez. Me dí cuenta de lo blanco que me ponía durante cada lección sobre alguna otra tribu, y quedé abrumado cuando llegamos a la sección Lakota de la clase. Yo no sabía que los Lakota eran Tetonwan, "residentes de la pradera", y que la gente del oeste hablaba el dialecto Lakota del idioma Sioux. Yo no sabía que había siete bandas de Lakota y dos otros grupos de gente que eran también Sioux. Yo no sabía nada, y sin embargo el Profesor Calloway siempre buscaba mi aprobación cuando pronunciaba los nombres de una de las bandas Sioux, y yo generalmente aprobaba con la cabeza. Otra gente me miraba cuando él decía algo. Si solamente hubieran sabido que yo no sabía mucho más que ellos.

Dentro del gran esquema del conocimiento Lakota, yo no sabía nada. Después de un día y medio en Dartmouth, empecé a cuestionar mi vida como Indio, la cual era en realidad mi vida como un blanco que tenía apariencia de Indio. Yo estaba tratando de ser la persona que mis bien intencionadas madre y abuela querían que fuera: un Indio católico que sólo sabía comportarse como wasicu.

Yo estaba buscando una identidad personal antes de que la clase de ENE 22 me obligara a pensar en el camino que estaba tomando. Estaba tratando de encontrar mi identidad, pero sólo logré perderme más en el mundo borroso de Dartmouth College. Me di cuenta de qué tan perdido estaba cuando traté de encontrarme espiritualmente. Durante mis primeros semestres en Dartmouth, mi búsqueda del espíritu se centró en la Cruzada de Cristo del Campus (CCC) y en la Casa Aquino.



Aunque estos grupos hacían un gran esfuerzo por tratarme como a una persona y respetaban mi herencia, me pareció difícil encontrar un nicho cómodo en esas instituciones. Puedo decir ahora que mi verdadero despertar espiritual, o camino espiritual, apenas estaba empezando, y pronto abandoné la religión blanca.

La clase del Profesor Calloway trataba la cuestión de la religión Nativa versus la cristianidad. La religión fue usada como un instrumento de destrucción en contra de todas las tribus en la colonización de Norte América, y me pareció difícil aceptar que yo era parte de una institución que había destruído las culturas y vidas de tanta gente. Ya no quería ser parte de esa institución. Quería aprender cómo ser Lakota, no un cruzado blanco o un católico con una cultura, espiritualidad, idioma e historia totalmente diferentes.

Hice el mayor intento de recobrar lo que me había sido negado al matricularme en una clase de idioma Lakota. La profesora, Elaine Jahner, tiempo antes en su carrera había escrito con una mujer Lakota un libro sobre el idioma Lakota. Ella se crió en Dakota del Norte y tenía un buen entendimiento y respeto por la cultura y el pensamiento Indios. Conocía el sonido del idioma y muchas palabras y nos empujaba pacientemente.

Cuatro estudiantes, tres Sioux y uno Ojibwe, se reunían cada semana con ella en su oficina. Yo quería mucho aprender Lakota porque creía que el idioma me devolvería algo de mi identidad. Aunque aprendí mucho, el Lakota era un idioma difícil de aprender para un muchacho de veinte años que sólo conocía idiomas Latinos.

En la secundaria estudié español, y me acuerdo que le escribí cartas a mi abuela con frases y expresiones en español. "Abuela, estoy escribiendo y hablando un nuevo idioma", escribí con una gran satisfacción. Ese orgullo ahora me molesta porque yo ni siquiera sabía hablar el idioma de mis ancestros. No podía ni siquiera decir "Cómo estás?". Qué estaba yo haciendo, diciendole a mi abuela que hablaba Lakota, que yo podía hablar bien el español? Ahora me da rabia conmigo mismo haber sido tan ciego.

Cuando le conté a la abuela de la clase de Lakota y de la Profesora Jahner, me sentía orgulloso y nervioso. Creo que ella estaba un poco aprensiva de mis razones para aprenderlo. "Oh, quieres tanto ser un Indio, Bobby. Pero...", dijo. Generalmente había un "pero" en todo lo que ella decía respecto a mi búsqueda de identidad. No quería que yo me distrajera de aprender el comportamiento wasicuo y de jugar su juego de béisbol.

A pesar de sus advertencias y sus vacilaciones, se abrió a mí antes de que yo me fuera para mi segundo año en Dartmouth, después de que los doctores descubrieron que ella tenía cáncer del pulmón. "No te preocupes. Voy a vencer esto", me dijo antes de que yo regresara al college. "He ido a ceremonias antes y me ayudaron. Me ayudarán ahora. Vete al college y no te preocupes por mí. Sólo reza por mí." Yo no sabía que ella había ido a ceremonias tradicionales de curación. Ella era todavía más tradicional de lo que yo pensaba.

Volví al college para mi segundo año y pensé a menudo en ella. La llamaba para preguntarle cosas para mi clase de Lakota, y ella hablaba más libremente de lo que lo había hecho antes al responderme, a pesar de sus advertencias intermitentes. Empezó el tratamiento de quimioterapia ese otoño.

Yo conocía los efectos secundarios de la quimioterapia – pérdida de peso y del pelo – así que estaba nervioso y asustado cuando finalmente volví a casa para las vacaciones de Navidad para ver a mi abuela. Sin embargo, ella había cambiado muy poco. Tenía puesto un pequeño turbán y había perdido peso, pero su voz y ojos todavía tenían su fuerza familiar. Hablamos mucho de su niñez y de cómo conoció al abuelo. Se abrió de verdad a mí por la primera vez, y creo que lo hizo porque se dió cuenta de que le quedaba poco tiempo. Le hablé varias veces de mi clase de



Lakota. Ojalá pudiera recordar todas las conversaciones en Lakota que tuvimos, porque fueron las primeras. Odié tener que dejarla al final de las vacaciones de Navidad porque sabía que no volvería a casa hasta el final del próximo verano. Serían nueve largos meses sin verla. Cuando llegó el tiempo de verla otra vez en Septiembre, yo sabía que el poco tiempo que tenía iba a pasar rápidamente y después nunca la volvería a ver. Esa semana, esos cortos siete días, hablamos de nuestras vidas juntos y dijimos nuestro último adiós.

Los tratamientos de quimioterapia y radiación no habían logrado destruir los tumores en sus pulmones. Ella se dió cuenta de que su hora había llegado, y sólo quería volver a casa y parar los agotadores tratamientos. Durante esa semana en Septiembre, tuvimos varias muy buenas conversaciones sobre nuestras vidas. Yo estaba siempre a punto de derrumbarme, y cada vez ella me pedía que no lo hiciera. "Estoy vieja y no me da miedo morir. Sólo agradezco haber podido verlos a todos ustedes crecer y lograr buenas cosas", dijo en su voz fuerte mientras yo lloraba junto a ella.

Ella nunca quiso que la compadeciéramos. Yo lloraba y me compadecía a mí mismo esa noche. Ella sabía que iba a irse en su último viaje pronto, y quería ser fuerte para mí. Una noche, se esforzó y se sentó derecha, puso su brazo alrededor mío, y me consoló, el nieto sano, con una impresionante fuerza en la voz: "No tengo miedo; es mi hora. Bobby, tienes que ser fuerte para todos los demás y usa las bendiciones que te dió Dios. No llores por mí porque estaré bien". Tenía mucha fuerza en sus últimos meses.

Durante una de nuestras conversaciones, le pregunté cómo los Lakotas definían "la vida" en sus palabras. Ella lo pensó un momento y dijo casualmente las palabras en Lakota. Claro, yo no podía entenderlas, así que le pregunté qué querían decir las palabras en inglés. Ella lo pensó otro momento y dijo, "He llegado hasta aquí". "He llegado hasta aquí" es una traducción literal del concepto Lakota de "vida". Los ancianos Lakota tenían una perspectiva muy intuitiva del mundo, y esas fueron las palabras más profundas que jamás le oí a ella.

"He llegado hasta aquí". Esa frase me impactó esa noche. Irónicamente, mi abuela dijo esas palabras al final de su vida Lakota. Cuando dejó esta existencia, mi vida – "hasta donde había llegado" – estaba empezando. Yo me estaba despojando de mi versión wasicu de la vida y estaba empezando a comprender por qué mis ancestros habían preferido morir en la batalla para proteger su manera de hacer las cosas, antes que volverse títeres en el mundo wasicu. Ahora quisiera que mi crianza hubiera sido tan India como era posible. Yo crecí solamente como un wasicu, y eso me da ira. Mi "he llegado hasta aquí" está lejos de haber terminado, y cuando termine, quiero estar tan satisfecho y sin miedo como mi abuela. Aunque ella ocultó mucho de su identidad India para protegerse a ella y a sus niños y nietos durante su vida, dejó este mundo satisfecha, lista, y sin miedo como una Lakota. Yo seguiré su ejemplo.

Ella llegó lejos en sus setenta y seis años, y agradezco haber tenido casi veintidós años con ella. En su funeral puse una pelota de béisbol al lado de su cuerpo, lo mismo que había hecho para mi abuelo años antes, para que ella me la guardara en el otro lado. Así podré jugar con ella y con el abuelo y ellos me podrán dar su fuerza. Siento su espíritu todos los días y la he visto en varios sueños. En su vida encontré fuerza, y su muerte sólo aumenta el poder que encontramos en cada uno. Cuando cerraron el ataúd y la sombra cubrió su cara por siempre, caí en la cuenta de por qué no me enseñó. Tengo que enseñarme a mí mismo y también a los que no comprenden.

Me da rabia que haya sido necesario para mí ir a un lugar como Dartmouth para entender cuál era mi identidad y dirección en la vida. El college me educó en el sentido wasicu, que contradice mucho del conocimiento Indio que he adquirido recientemente. Dartmouth sólo me dió una licencia como educador Indio en el mundo de los wasicu, pero esa enseñanza me será valiosa para



ayudar a otros Indios y a mí mismo. He encontrado más de mí mismo, de mi espíritu, y con ese descubrimiento viene el saber. El saber vendrá a mí y mandará. Tengo que tener eso en mente, relajarme, y dejar que todo lo que me eludió de niño venga a mí cuando hombre.

Wanbli Wanji emaciyapi na han ma wicasa Lakota yelo.
Soy Un Aguila y soy un hombre Lakota.

Mi viaje está lejos de terminar, y uno de mis sueños por realizar es estar parado en el montículo del pitcher en una liga mayor, con mi pelo trenzado, sabiendo que he logrado todo lo que quería. Parado allí solo, como Wanbli Wanji, estará un testimonio a la lucha de la gente Nativa y a la batalla individual que se lleva dentro de cada uno de nosotros. Estén orgullosos, gente India.

Mitakuy oyasín.

Robert (Bob) Antoine Bennett, miembro enlistado de la tribu Rosebud Sioux (Sicangu Lakora), nació el 30 de diciembre de 1970 en Rapid City, Dakota del Sur. Se graduó en 1989 de la Secundaria Central de Rapid City, donde jugó fútbol y basketball. En esa época también jugó béisbol para el equipo Post 22 Legión Americana.

Se matriculó en el Dartmouth College en 1990, y terminó sus cursos con un major en gobierno y un minor en estudios Nativos Estadounidenses en Marzo de 1994. Este ensayo lo escribió durante su último año en Dartmouth. Mientras estudiaba en el college, jugó tres periodos de béisbol, y en junio de 1992 el Oakland Athletics lo reclutó como pitcher.

Durante el periodo de 1996 era miembro de la Clase "AA" afiliada al Oakland Athletics, los Huntsville Stars, en Huntsville, Alabama. Bob también es un bailarín de hierba, y tiene planes para ayudarle a la gente Nativa como abogado, consejero, o educador cuando termine su carrera de beisbolista.

